

dos los Países Bajos, pero don Luis de Haro no consintió la menor reserva.

Los franceses, en compensación, exigieron una dote. El artículo 2.º del contrato matrimonial estipula que esta dote será de 500.000 escudos en oro y pagadera en París en tres plazos; y el artículo 4.º empieza con estas palabras: «Que mediante el pago efectivo hecho á Su Majestad Cristianísima... dicha serenísima infanta se dará por satisfecha y se contentará con la expresada dote, sin que después pueda alegar ningún otro derecho suyo...» De modo que la validez de la renuncia se hacía depender del pago de la dote; y los españoles no habían podido, so pena de declararse insolventes, rechazar aquel «mediante» ideado por Hugo de Lionne. El primer tercio debía ser pagado «en el momento de la consumación del matrimonio;» y á propósito de esto, uno de los negociadores españoles, á quienes aquel *mediante* aterraba, dice que será preciso «ó que España se hunda de aquí á la víspera de la boda, ó que todos los españoles, sin faltar uno, empeñemos todos nuestros bienes y nos encerramos en la cárcel, si es necesario, para no demorar un instante el pago de los 500.000 escudos en oro, á fin de no destruir por nuestras propias manos y por nuestra culpa todo el efecto de las renunciaciones de la infanta que forzosamente quedarían nulas...» Pero el matrimonio se consumó en el mes de junio de 1660, y ni en aquel momento ni después vino de España un escudo de oro.

Mazarino, por consiguiente, acarició la esperanza de que la reina de Francia tendría algún día ocasión de hacer valer sus derechos á la corona de España, y sin embargo, nada más inseguro que esto: Felipe IV no tenía más que un hijo enclenque, pero podía tener otros, pues sólo contaba cincuenta y un años y se había casado en segundas nupcias con una mujer joven, y en efecto los tuvo. Si Mazarino sacrificó la adquisición de los Países Bajos á una eventualidad incierta, bien puede decirse que se empeñó en una partida arriesgada.

Pero es lo cierto que la ganó: en 1700 se abrirá la sucesión de España y el siglo XVIII verá reinar á un Borbón en Madrid y sobre las Indias Occidentales, á otro en Nápoles, á otro en Parma y á otro en Plasencia; de aquí que el matrimonio de Luis XIV y las consecuencias del *mediante* sean admirados por los historiadores. Es verdad que la casa real francesa halló en los artículos matrimoniales del tratado de los Pirineos la gloria de hacer brotar en varios países la flor de lis; pero el reino de Francia no ganó en ello honor ni beneficio. Aquel matrimonio inspiró al rey Luis XIV ambiciones demasiado grandes que, reveladas en seguida, alarmaron á sus aliados tanto como á sus enemigos. Por otra parte, se verá obligado á conquistar las provincias que reclamará en virtud de los derechos de la reina y que del mismo modo habría conquistado si se hubiese casado con otra mujer. La sucesión de España, además, motivará una de las guerras más largas y más horribles de la historia moderna y Francia perderá en ella sus colonias y no ganará una sola pulgada de territorio. Más tarde, cuando los Borbones españoles se habrán diseminado por Europa, la política francesa encontrará no pocos estorbos en sus intrigas y en su debilidad. Matrimonios entre las casas de Borgoña, de Austria y de Es-

paña en los siglos XV y XVI y matrimonio franco-español en 1660, todas estas uniones entre personas propietarias de pueblos han engendrado males terribles que no eran necesarios y en cambio no fueron útiles para nada ni á nadie. El enlace de Luis XIV con María Teresa no es, en verdad, otra cosa que un hecho brillante; si Mazarino se dejó deslumbrar por este brillo, si prefirió á los intereses del reino la gloria de la dinastía, cometió un error inmenso, en que no habría incurrido á buen seguro Richelieu, siendo como era francés de nacimiento.

Pero, para poder condenar con razón al cardenal Mazarino, sería menester estar seguro de que la conquista de los Países Bajos habría podido consumarse fácilmente, de que la Liga del Rin, concertada, pero no organizada todavía, habría impedido al emperador socorrer á España, y de que al fin Holanda no se habría atravesado en el camino de Francia. Suponiendo que Luis XIV no se hubiera casado con la infanta, el rey Felipe habría concedido la mano de ésta al emperador Leopoldo, la esperanza de suceder al Habsburgo de Madrid habría pasado al Habsburgo de Viena, y tal vez se habría visto en el porvenir la reconstitución del Imperio de Carlos V.

El historiador no puede saber lo que habría sucedido si un hombre de Estado, en el momento en que escogió entre dos partidos, hubiese tomado el contrario del que adoptó; ni puede tampoco discernir, entre los varios móviles de una conducta, cuál fué el que determinó la resolución, y si creyese en las razones que de sus actos dan los actores de la historia, demostraría ser muy cándido. A Mazarino pudieron impulsarle el visible agotamiento del reino, la belleza diplomática de la combinación del matrimonio y la grandiosidad de las posibilidades que se ofrecían en el porvenir, las instancias, recriminaciones é importunidades de su amiga la reina y el deseo de acabar de una vez con la situación enojosa en que se encontraba. Fatigado, enfermo como estaba, tal vez quería descansar. Nuestra costumbre de figurarnos que los personajes históricos no son personas como nosotros, hace que busquemos á menudo muy lejos cosas que están muy cerca y son muy sencillas.

Mazarino, por otra parte, necesitaba en gran manera la paz con España á fin de pacificar el Norte de Europa en donde se hallaban en conflicto las potencias bálticas. La reina loca de Suecia, Cristina, había abdicado en 1654 en favor de su primo Carlos Gustavo de Dos Puentes, hijo de una hermana de Gustavo Adolfo. El nuevo rey era hombre ambicioso y violento, y como encontró vacío su tesoro, hizo la guerra. Podía elegir entre varios enemigos, pues Suecia estaba mal con todos los ribereños del Báltico, es decir, con Brandeburgo, Dinamarca, Rusia y Polonia; pero, habiendo el rey de esta última nación, Juan Casimiro Wasa, proclamado, al abdicar Cristina, sus derechos á la corona sueca, contra él se dirigió Carlos Gustavo, conquistando muy pronto aquel reino.

Hubiera debido respetar al elector Federico Guillermo de Brandeburgo, que vacilaba en aquel entonces entre dos ambiciones: ó recobrar de Suecia la Pomerania, ó bien obligar á Polonia, de la que era vasallo por su ducado de Prusia, á cederle la soberanía de



EL CARDENAL MAZARINO

Facsimile reducido de un grabado de Pedro van Schuppen (1623-1707)
Cuadro original de Pedro Mignard (1612-1695)

éste, lo cual era uno de sus sueños dorados. Para verlo realizado, habíase unido á Carlos Gustavo en la campaña de 1656; pero como el rey de Suecia sólo de mal grado había consentido en reconocerle aquella soberanía, entró en la coalición que formaron Dinamarca, Rusia, Polonia y Austria. Carlos atacó Dinamarca, esperando vencerla por completo; pero la salvó la intervención de la flota holandesa, pues Holanda no quería tolerar que se destruyera el equilibrio de sus fuerzas en el Báltico.

Mazarino decidió á Cromwell á intervenir contra Holanda. No podía el cardenal tomar partido contra Suecia, aliada incómoda, pero necesaria, ni contra Polonia, en donde la reina María de Gonzaga sostenía el buen nombre de Francia; y, sin embargo, inquietábale el ver que Austria buscaba en la discordia de los protestantes del Norte el desquite de sus derrotas. Así es que en cuanto tuvo libertad de acción se hizo intermediario. Reuniéronse entonces dos congresos, uno en Copenhague, por la mediación de Francia, Holanda é Inglaterra, y otro en Oliva por mediación de Francia sola, negociando el primero entre Suecia y Dinamarca y el segundo entre Suecia, Brandeburgo y Polonia. El fallecimiento de Carlos Gustavo, acaecido en febrero de 1660, facilitó las soluciones: por el tratado de Copenhague, firmado en julio del mismo año, Suecia restituyó sus recientes conquistas, pero conservó en su poder las provincias de Aland, de Bleckingie y de Escania, y por el de Oliva, que se firmó el mes anterior, el rey de Polonia renunciaba á la corona de Suecia, y Livonia quedaba dividida entre Suecia y Polonia, y el Elector de Brandeburgo, á quien se reconocía la soberanía de Prusia, restituía las conquistas que había realizado en la Pomerania sueca. El porvenir había de demostrar que esta cláusula era una de las más importantes de la «paz del Norte.» En el lejano ducado de Prusia, Federico Guillermo, que en todas partes era vasallo, no dependía de nadie, era rey sin título; pues bien, el título lo adquirirá su sucesor Federico I y la dignidad real pondrá á los Hohenzollern muy por encima de la confusión germánica.

El cardenal Mazarino tuvo, por consiguiente, la gloria de dar «la paz á la cristiandad,» ganándose con ello las alabanzas de toda Europa. Bien es verdad que no hizo más que terminar una obra ya muy avanzada. Richelieu había creado una política, cuyo programa magistral escribiera en 1629, y determinado por justos razonamientos los medios y las vías para realizarla, legando á Mazarino un ejército y una escuadra, generales como Guebriant y Turenna y diplomáticos como Servien, De Avaux y otros menos conocidos, pero capaces de prestar grandes y hasta brillantes servicios. Los territorios que Francia adquirió por virtud de los tratados de 1648 y 1659, estaban casi enteramente ocupados por las armas de Richelieu. Al gran cardenal corresponde, pues, ciertamente el principal honor del triunfo de la política francesa; pero Mazarino tuvo el mérito de terminar la obra y es costumbre atribuir la gloria á este mérito, y aun quizás la debe en mayor proporción de lo que generalmente se cree á sus colaboradores cuya historia no se ha escrito. Es indudable, sin embargo, que tuvo claro conocimiento de los negocios, ingenio para encontrar los medios, habilidad en los juegos de

manos de la política y suerte en el juego. Gran jugador en la vida privada, llevó esta costumbre á la vida pública, y más de una vez jugó temerariamente y pareció complacerse en tentar el azar (1). Creía en la suerte y antes de dar un empleo á alguien preguntaba: «¿Es afortunado?» Creía sobre todo en su propia suerte y razón tenía para ello habiéndose encumbrado de una manera tan prodigiosa. En resumidas cuentas, bajo su ministerio, Francia, vencedora de Austria y de España, engrandecida con territorios alemanes y españoles, árbitra de la paz del Norte, protectora de la Liga del Rhin y más señora en Alemania que el mismo emperador, había llegado á ser la gran potencia de Europa.

II.—La hacienda y los asentistas; el superintendente Fouquet (2)

El mismo año de la paz de los Pirineos, escribía Colbert: «El rey no tiene el menor crédito; nadie trata con él en la creencia de que ha de hacer bancarrota; de diez años á esta parte, no encontraríamos un solo hombre que, teniendo 50.000 libras de patrimonio, le hubiese prestado un sueldo.» ¿Cómo, pues, vivía el Estado, no bastando los ingresos ordinarios y aumentando siempre los atrasos? Vivía gracias á medios que nos dará á conocer la historia de Nicolás Fouquet, el personaje más poderoso de Francia después del cardenal y, como éste, representante muy curioso de la época singular que precede al gobierno de Luis XIV.

Nicolás Fouquet, hijo de Francisco Fouquet y de María Maupeau, nació en 1615; su padre era consejero del Parlamento de París y su abuelo materno había sido director general de hacienda. Después de haber estudiado, como casi todo el mundo, en el colegio de los jesuitas, recibióse de abogado en el Parlamento de Pa-

(1) La pasión del juego estaba muy generalizada en el siglo XVII y era extraordinaria. Toda la corte jugaba horas enteras cada día y el juego, sus reglas y sus azares eran temas de conversación. Ahora bien, es innegable que en un hombre de Estado no es posible nunca hallar una marcada separación entre el hombre privado y el hombre público, pues las costumbres de la vida privada contribuyen á determinar las de la vida política. En los documentos diplomáticos encontramos comparaciones tomadas del juego, como, por ejemplo, la siguiente que se encuentra en una relación escrita en 1660 por Nani, el embajador de Venecia (*Relazioni*, tomo III, pág. 35): «La monarquía francesa ha pasado desde hace doce siglos por todas las vicisitudes con que la fortuna de las cosas de este mundo se complace en jugar, pero á los Estados les sucede lo que pasa en el juego, en el que generalmente gana el que tiene más que perder porque, resistiendo á la desgracia y cansando á la suerte, se hace superior al que, abatido desde los primeros golpes, no tiene vigor ó aliento bastantes para realizarse.»

(2) FUENTES: Fouquet (el *Recueil des Défenses de M. Fouquet*), publicado en Amsterdam, 1665-1667, 14 vol., y sobre todo la colección de los documentos oficiales del proceso (requisitoria, defensas, réplicas del procurador de la Cámara de justicia), publicados en París en el momento del proceso.

OBRAS DE CONSULTA: Cheruel, *Mémoires sur la vie publique et privée de Fouquet... d'après ses lettres et pièces inédites...* París, 1864, 2 vol. — J. Lair, *Nicolas Fouquet procureur général, surintendant des finances, ministre d'Etat de Louis XIV*, París, 1890, 2 vol. P. Bonnaffé, *Les amateurs de l'Ancienne France. Le surintendant Fouquet*, París, 1882. R. Pfnor y A. France, *Le château de Vaux-le-Vicomte dessiné et gravé*, París, 1888. U. V. Chatelain, *Le surintendant Nicolas Fouquet, protecteur des lettres, des arts et des sciences*, París, 1905.

rís a la edad de diez y seis años, pues era una buena costumbre de aquel tiempo entrar muy joven en la vida. A los diez y nueve años era consejero del parlamento de Metz, de donde pasó al Consejo supremo de Nancy; y en 1636, cuando el rey puso a la venta una porción de empleos, volvió a París como relator del Consejo de Estado. Desde 1642 á 1650, fué intendente en varios territorios, en el Delfinado, en la generalidad de París ó en varios ejércitos, como el de Flandes, el que sitió París en 1649 y el que Mazarino llevó á Normandía, á Borgoña, á Berry y á Guiena. Durante aquellos dos últimos años, vió de cerca la corte, las intrigas y los manejos y se conquistó fama de hombre hábil, encantador y afortunado. A fines de 1650, Mazarino le permitió comprar el cargo de procurador general en el parlamento de París.

Tenía una buena posición y dos matrimonios aumentaron su fortuna. Viudo en primeras nupcias de la hija de un rico consejero del parlamento de Rennes, casó en segundas, en febrero de 1651, con María Magdalena de Castille. La lista de las firmas del contrato es un documento para la historia de la sociedad de aquella época. Por parte de la desposada firmaron: su padre, micer Francisco de Castille, señor de Bellassise, consejero ordinario del rey en sus Consejos y dirección de hacienda (era sobrino de Jeannin de Castilla que fué superintendente de hacienda); su tío, micer Enrique de Castille, señor de los Murs, consejero del rey é intendente de la casa, patrimonio y hacienda de monseñor el duque de Orleáns; su primo materno, ilustre y poderoso señor micer Nicolás de Neufville, caballero de las órdenes del rey, marqués de Villeroi, consejero de Su Majestad en sus consejos, gobernador de los países de Lyonnais, Forez y Beaujolais, mariscal de Francia y gobernador de la persona del rey; sus primos paternos, micer Juan de Castille, marqués, señor de varios lugares, micer Nicolás Jeannin de Castille, consejero del rey en sus consejos y tesorero de su Ahorro. Por parte del novio firmaron: un presidente del tribunal del parlamento de Rennes, la viuda de un presidente de los tesoreros de Francia, un consejero del Gran Consejo, un consejero del parlamento de París y los hermanos Fouquet: Francisco, obispo y conde de Agde, Basilio, consejero limosnero del rey, barón de Dannemarie, tesorero de San Martín de Tours, Ivo, consejero del parlamento de París, y Luis, señor de Nanterre y de Gilles. Dos familias de funcionarios señores, poseedores de brillantes títulos y que gracias al poder del dinero habían escalado los honores del Parlamento, de la Iglesia y de la Corte, se unían por medio de este matrimonio. Nicolás Fouquet se encumbraba rápidamente, arrastrando en pos de sí á los suyos y creando una dinastía, como había hecho Richelieu, como hacía Mazarino, como harán Colbert y Le Tellier.

En febrero de 1653 estaba vacante la superintendencia de hacienda. Fouquet había prestado á Mazarino, mientras estaba en el destierro, el servicio de permanecer fiel, de defender hasta donde le fué posible sus bienes, sus muebles y sus tapicerías, y de darle los mejores consejos: había sido uno de los actores más hábiles y más atrevidos de la gran comedia. Y como recompensa de todo esto, pidió la superintendencia.

En épocas normales, el superintendente era un sim-

ple ordenador de hacienda; el manejo de fondos se hacía en «el Ahorro» adonde iban á parar todos los ingresos y que estaba administrado por un tesorero, ayudado por un contralor general y doce intendentes de hacienda. Este colegio financiero registraba los ingresos y los gastos y comprobaba los recibos. El superintendente daba á los derechohabientes una ordenanza en la que se indicaba el fondo sobre el cual debía efectuarse el pago y que el titular presentaba al Ahorro; pero desde que la administración de hacienda se había pervertido, las funciones del ordenador se habían complicado con otras muy escabrosas, á saber, las del que había de encontrar dinero. El dinero lo tenían los asentistas á quienes los particulares, que ya no prestaban al rey, entregaban sus economías para hacerlas producir; pero los prestamistas no prestaban tampoco al Estado más que con grandes precauciones y querían que el superintendente fuese rico para que pudiera responder personalmente de los anticipos que se les hacían. Fouquet lo era y los Castille, en cuya familia acababa de ingresar, eran gente para encontrar millones en pocos días; además, la circunstancia de ser procurador general del parlamento de París tranquilizaba á los asentistas en todo cuanto se refería á la justicia; y por último tenía la imaginación y la osadía de un creador de negocios, carecía de escrúpulos y tenía fe en su suerte. Era, pues, el superintendente que se necesitaba en una época en que la hacienda era una aventura que había que correr todos los años.

Mazarino dió, pues, la superintendencia á Fouquet, bien que poniendo á su lado un colega, con la esperanza, sin duda, de que dos superintendentes se vigilarían mutuamente, se disputarían y rivalizarían por mostrarse condescendientes con él. Fouquet, empero, no tardó en dejar muy atrás á su compañero, el cual, por virtud de un reglamento de fines del año 1654 sólo conservó la ordenación de pagos y los libramientos: «Fouquet proveerá á la recaudación, hará rendir cuentas á los arrendadores y asentistas... concertará todos los contratos, préstamos, anticipos, y examinará las proposiciones de todos los negocios que se presenten.» Su misión consiste, por consiguiente, en buscar dinero.

Toda la vida del reino pareció depender de los servicios del superintendente. Mazarino se dirige á él en tono suplicante: en 1655 le dice que siente «inquietudes mortales» y no sabe «qué partido tomar estando como está agobiado de pagos inevitables;» igual angustia manifiesta en 1656 después de una derrota del ejército del rey delante de Valenciennes; en 1657, en el momento de poner sitio á Courtrai, escribe: «Confío en que el señor procurador general, conociendo la importancia de esta empresa, pensará ayudarnos;» y en los comienzos de la campaña de 1658: «Os ruego que tengáis en cuenta que es imposible que todo no se venga abajo si ocurre la menor deficiencia en el pago puntual de lo que habéis convenido en pagar cada mes... Os conjuro á que penséis en ello y á que me digáis qué debo esperar.» Diríase que se trata de un hombre perdido que reclama de un amigo el favor que le salvará de la muerte; y en efecto, el superintendente prestaba servicios de amigo. Así, después de la derrota del ejército que sitiaba Valenciennes, habíanse necesitado dinero en seguida; Fouquet lo encontró por su crédito personal y

envió al cardenal un convoy de carros cargados de escudos. Mazarino le dió las gracias en los términos siguientes:

«Sé que habéis encontrado esta cantidad sobre vuestras obligaciones particulares y que habéis empeñado lo que en el mundo tenáis para ayudarnos en las presentes circunstancias. Lo agradezco tanto como debo y me siento en extremo conmovido por el modo como os habéis portado. He hablado largamente de ello á Sus Majestades, las cuales han estado de acuerdo en que hay que hacer gran caso de un amigo como vos.»

Sin embargo, Fouquet y sus asociados no podían alimentar al Estado con sus propios fondos. Para arbitrarlos, el superintendente ensayó todos los medios conocidos, tales como creación de empleos, enajenaciones de bienes públicos, alteraciones de monedas, empréstitos y constituciones de rentas, y apeló á astucias que tuvieron gran éxito. En 1653, el dinero se escondía y los mismos asentistas no encontraban quién se lo prestara; un edicto anunció que la pistola de oro quedaría reducida progresivamente de 12 libras á 10 y la moneda de plata en proporción, y entonces el dinero amenazado de reducción salió de su escondite.

El superintendente halagaba á los asentistas aconsejando que nunca se les faltase á la palabra, que no se les amenazara, que no se hiciera burla de ellos, y diciendo que, por el contrario, había «que otorgarles gratificaciones... y dándoles á ganar dinero, por ser esta la única razón que hace que se quiera correr algún riesgo.» Y si alguno de ellos amenazaba ruina, le socorría oportunamente. De este modo conservó su buena voluntad que, por lo demás, compraba á buen precio.

De suerte que el superintendente era á la vez ministro y acreedor del rey, á quien prestaba como particular reembolsándose luego como superintendente; de tal manera que acabó por hacer depositar todos los ingresos públicos en su caja, y entonces «el Ahorro estuvo en su casa» y el dinero del Estado se confundió con el suyo. El desorden fué completo.

Las operaciones más sencillas tomaban aspecto fantástico. En 1658 se emitieron 400.000 libras de rentas que al interés legal equivalían á 7.200.000 libras; pero como el rey, según de todos era sabido, cercenaba dos cuartas partes de las rentas, 400.000 libras de rentas quedaban reducidas á 200.000 y el capital que había que entregar no era sino de 3.600.000 libras. Pero hacía mucho tiempo que el rey no encontraba quien le prestara al interés legal, que era al dieciochoavo, es decir, al 5'55 por ciento; y los banqueros que se encargaron de colocar el empréstito ofrecieron el seisavo, ó sea el 16'66 por ciento, que fué aceptado, con lo cual el capital que debía entregarse se reducía á 1.200.000 libras. Mas las rentas estaban garantizadas con los pechos y era preciso hacer á los recaudadores de éstos rebajas en concepto de cobranza, portes, carros y partidas fallidas; por esto los banqueros pidieron una rebaja de una tercera parte, ó sean 400.000 libras, lo que reducía el capital á 800.000 libras. Era menester, sin embargo, cubrir las formas para no tener que habérselas con la Cámara de las Cuentas; á este efecto, vendiéronse en apariencia 400.000 libras de renta al precio de 7.200.000 libras, pero el gobierno, por medio de una orden *de comptant*, dió un descargo de 6.000.000

al tesorero del Ahorro, quien libró recibo de igual suma á los asentistas, á los cuales se concedieron, además, 400.000 libras de comisión. De manera que «800.000 libras en dinero, 400.000 por gastos de comisión, y 6.000.000 de recibos, estas tres cantidades juntas liquidarían para la Cámara de las Cuentas, la venta de 400.000 libras de renta al precio legal de 7.200.000 libras.» Fácil era pescar en aguas tan turbias. Más adelante, en la Sala de justicia que juzgará á Fouquet, se afirmará que los que trataron este negocio percibieron realmente los 6.000.000 de los cuales había recibido descargo el tesorero del Ahorro (1).

Existía una costumbre que se prestaba á toda suerte de trampas. El superintendente que libraba las órdenes de pago sobre tal ó cual fondo, señalaba un fondo bueno á aquellos á quienes quería favorecer y en cambio un pobre diablo cualquiera estaba muy expuesto á recibir un libramiento sobre un fondo agotado; y al ir á cobrar en el Ahorro, se enteraba de que no había dinero y recibía en vez de éste un billete que decía que el tesorero «tendría en cuenta á tal recaudador ó arrendatario de impuestos ó asentista de derechos, la cantidad en el billete mencionada.» Lo cual valía tanto como decirle: «Arréglate como puedas, anda, busca;» el desdichado buscaba lo mejor que podía, y á menudo, después de gestiones inútiles, vendía su papel al 3 ó 4 por ciento de su valor. Este papel era comprado por asentistas ó por cortesanos que lograban un nuevo libramiento sobre un fondo bueno ó computaban los billetes por todo su valor en los préstamos que hacían al rey. Este bandidaje era uno de los medios más en uso para enriquecerse; y Fouquet confesará algunos años después, para justificar sus grandes gastos, que había comprado á buen precio «derechos sobre el rey.»

El superintendente vivía al día en medio de aquel desorden, sin saber cómo andaban sus propios negocios y los del rey; pero se tranquilizaba pensando que más adelante, cuando se firmara la paz, se pondría orden en todo, y en el entretanto gozaba de la fortuna presente.

Había comprado en Saint-Mandé una casa que embelleció y ensanchó, agregando al cuerpo de edificio galerías, una de las cuales era una biblioteca en donde había en sendas consolas cincuenta y nueve bustos de mármol ó de bronce. Para prolongar un jardín se terraplenó un valle, pues era preciso que la naturaleza obedeciera á la moda de las alamedas llanas y rectas. Doscientos naranjos y varias plantas exóticas enriquecieron con su lujo aquella casa de campo. Pero además poseía Fouquet en Vaux-le-Vicomte, cerca de Melún, una finca que había heredado de su padre, y quiso, según él mismo dice, «dejar en ella alguna muestra del estado en que él se encontraba.» Los hombres de aquella época, en cuanto se encumbraban, soñaban con perpetuar su nombre y su gloria por medio de construcciones eternas como las de los romanos. Vaux-le-Vicomte fué la más hermosa casa del reino de Francia.

Encuétrase primero en ella el preámbulo señorial, es decir, la verja cortada por altas repisas de piedra, de donde salen bustos de dioses inmortales, el antepa-

(1) Sobre esta operación característica véase Lair, *Nicolas Fouquet*, t. I, pág. 460, y el t. XII del *Recueil des Défenses*, al principio.